

# Árbol, hombre y paisaje

IGNACIO ABELLA  
Naturalista y escritor

Si hacia finales de otoño observamos el pie de un espino albar, aún cuajado de frutos maduros, veremos que muchos de estos frutillos están esparcidos por el suelo. Un examen más atento nos revelará que muchos de ellos tienen una marca singular: dos rayitas por encima y dos perfectamente paralelas por debajo de la pequeña esfera encarnada. Es la señal inequívoca de haber sido «tanteados» y desechados por el pico de alguno de los pájaros que los consumen del mismo modo que, cuando el frutero mira hacia otro lado, algún cliente maleducado palpa la fruta para comprobar su madurez, dejando la marca de sus dedos. Pues bien, esta selección que hace el pájaro para escoger los frutos más maduros y, sobre todo, con mayor cantidad de pulpa, determinará a su vez la selección de los mejores «frutales», cuyas bayas más selectas son finalmente escogidas, consumidas y diseminadas eficazmente por un gran número de animales. De modo que la presencia de unas



Pino carrasco. Albuñuelas, Granada.

especies de árboles u otras en un paisaje concreto está en muchos casos determinada, entre otros factores, por la presencia de sus insectos fecundadores y los animales que diseminan.

Según el antiguo pacto, en una era remota que podríamos establecer hacia el Jurásico, e incluso antes, algunas plantas comenzaron a ofrecer frutos alimenticios a cambio de que los animales que los consumían transportaran sus semillas y las depositaran en las condiciones idóneas de germinación. El beneficio que aquellas especies, animal-vegetal, obtenían por este intercambio hacía a ambas partes más eficaces y favorecía su supervivencia frente a otras.

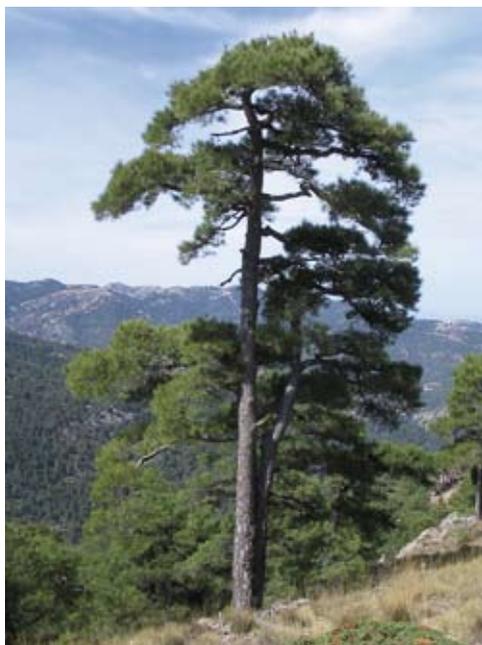
De este modo, al llegar el otoño, una asombrosa diversidad de animales se dedica a consumir los frutos y sembrar los árboles y bosques que serán su refugio-hogar y fuente de alimento futuro. Por poner unos ejemplos, mentaremos a los cérvidos, que consumen y dispersan las arcéstidas de los enebros, y a gran parte de los pájaros, incluso aquellos que durante el verano se dedican a la captura de larvas e insectos, y casi todos los mamíferos. Incluso el azor o la garduña, el zorro y el lobo, que no dudamos en calificar de carnívoros, buscan en esta época gran número de frutos y se hacen así creadores de una gran diversidad de ecosistemas del bosque o el matorral.

Cuando *Homo sapiens* viajaba en pequeñas «manadas», ayer mismo, podríamos decir, realizaba sin proponérselo esa función esencial para el bosque y, de esta manera, lo conformaba en cierto modo según sus hábitos y preferencias. Un poco más tarde el ser humano comienza a hacerse paisano, es decir, constructor consciente de país y paisaje. El uso del fuego y el ganado, la corta de madera para carboneo y construcción y la deforestación para abrir terrenos de cultivo, irán marginando al árbol a la periferia de las parcelas y a las zonas más pobres e inaccesibles. Pero también la plantación selectiva de árboles irá formando el paisaje a su medida.

Más recientemente, en nuestra sociedad, los hombres, incluso los habitantes de zonas rurales, comienzan a ser y sentirse ciudadanos civilizados y abrigarán la ilusión de independencia del paisaje, del árbol, del bosque y de la propia Tierra. Pero hasta llegar a este punto, ciertamente patológico, de alejamiento e ignorancia, las culturas del árbol han impregnado y sostenido las sociedades humanas en sus necesidades materiales y también espirituales. Alimentando los hogares con madera para hacer casas, utensilios y fuegos, y con los mitos y leyendas en los que el bosque ha sido al mismo tiempo protagonista y escenario.



(Arriba) Encina monumental. Dehesa de San Francisco, Santa Olalla del Cala, Huelva.  
(Derecha) Pino laricio. Cazorla, Jaén.



Podríamos hablar de la cultura del abedul, presente en las comarcas más inhóspitas del Hemisferio Norte, donde resultaba un recurso esencial para la supervivencia por su madera, corteza, propiedades alimenticias, forraje..., y por la gran cantidad de rituales y leyendas que han generado sus culturas. Su paisaje tipo sería la taiga fría, blanca e inmensa, donde reina con frecuencia en solitario en grandes comarcas en las que es éste el único árbol, el único refugio y recurso material.

Podríamos hablar del castaño, cuya madera levantó pueblos enteros, vigas, tablazones y tarimas, muebles y hórreos..., cuyos frutos se traían a casa cargados en grandes carros y habían de alimentar de cien formas distintas a los habitantes de la casa y sus animales. Que generó, en fin, todo un modo de vida con usos y costumbres y procesos, variedades y formas de cultivo. Y que, finalmente, hacia primeros de noviembre, reunía a todo el pueblo en el «amagüestu», un festejo a caballo entre la celebración y el ritual funerario (Día de difuntos) en torno a la hoguera en la que se asaban las castañas y se bailaba. Su paisaje tipo serían los «soutos» de colosales árboles centenarios o el bosque de árboles rectos y apretados destinado a varas, cestería o madera de construcción.

Podríamos hablar de bosques enteros de robles que se hicieron caserías, barcos y traviesas de ferrocarril. Poderosas flotas navales que eran realmente nuestros bosques fletados a la conquista de otros mundos. Y hasta el hierro de los cañones y las armas se fundía con el carbón de los bosques.

La imagen más elocuente de aquella relación es quizá la de unos hombres, los vizcaínos, reuniéndose en asamblea alrededor del viejo patriarca, el roble de Guernica, y la del rey jurando al pie del árbol lealtad hacia sus súbditos y sus fueros.

Nos detendremos, sin embargo, un instante más en la vieja cultura del fresno, que ha sobrevivido hasta nuestros días y se extendió por toda Europa, desde los países nórdicos hasta el extremo Sur e, incluso, por el Norte de África.

En esta cultura pastoril, el fresno ha continuado plantándose por brañas y majadas de los pastos estivales de altura, a causa de sus múltiples utilidades. Proporcionaba en primer lugar un forraje de gran interés como complemento alimenticio del pasto, ya que contiene oligoelementos y proteínas que la hierba proporciona en menor cantidad. En general, la alimentación con hojas de los árboles, por ramoneo directo en los setos o mediante la corta de ramas y su consumo al pie del árbol, resulta muy saludable por estos aportes complementarios. También se usaba este forraje seco y almacenado en pajares. Y durante

las prolongadas sequías de verano que acaban agostando el pasto, el fresno y otros árboles continuaban proporcionando forraje fresco.

Ésta es tan sólo una de las razones que explican la presencia de este árbol, en ocasiones el único en aquellos lugares intensamente pastoreados, en los que, sin embargo, el hombre, como decíamos, sigue plantándolo y protegiéndolo durante sus primeros años. Y es que, además, daba la sombra indispensable en verano para hombres y ganados y una protección efectiva contra el viento. También se creía que junto a las cabañas tenía un efecto protector contra los rayos. Como cerramiento se usó en forma de setos o plantado en hileras. De ahí viene su nombre científico *Fraxinus* (del griego *phraxo* = cercado).

Más aún: la leña del fresno es excelente incluso cuando se usa en verde. Comparable al haya y otras maderas de gran poder calorífico. Su madera es, por otra parte, el material que sin duda escogeríamos entre la de todos los árboles autóctonos para la mayor parte de las múltiples necesidades de la actividad pastoril. El yugo, las narrias o leras, los carros, se hacían preferiblemente de fresno. Mangos y astiles de guadaña y hasta recipientes y utensilios para la leche y el queso. Las cualidades de la madera del fresno son las idóneas para todos estos cometidos.

Quizá fueran la vecindad y convivencia estrecha entre hombres y fresnos a lo largo de los siglos, o la intuición de lo mucho que debemos al árbol incluso al margen de todos estos recursos, quizá fuera el continuo resguardarse a su sombra y recostarse en su tronco o su espléndida copa, casi esférica en su madurez. Por una u otra causa, alrededor de los fresnos se forjó toda una mitología de gran arraigo y diversidad.

En Marruecos se invocaba al fresno, al que llaman *dárdara*, para que las vacas dieran leche abundante y cremosa. Una mujer desnuda trepaba a este árbol y lo invocaba en las cuatro direcciones diciendo: «Oh, señora dárdara, tráenos manteca de todas partes».

En todo el Norte Peninsular, el ramo de fresno se usó para «enramar» o adornar las fuentes en festividades señaladas como San Juan. O para declararse a una moza, colocando en este día una rama de fresno en el balcón de la amada. O como señal de otros muchos acontecimientos en la cultura tradicional.

En algunos pueblos vascos se decía que no es necesario bendecir en la iglesia estos ramos (como ocurre con los de otros árboles para el día de Ramos), porque de por sí están ya benditos.

Pero es sin duda en los *Eddas*, textos que en el siglo XIII recogían la tradición mitológica de los países nórdicos, donde el fresno adquiere mayor relevancia: el universo entero está contenido y sostenido por un fresno inmenso llamado Yggdrassil; los dioses viven en su copa y diariamente bajan para juzgar a los hombres, que habitan al pie de este árbol cósmico, por el puente que llaman Bifröst (el arco iris). Entre las raíces del fresno está la fuente de Mimir, a la que acude el gran Odín para renovar su sabiduría. El propio dios cuenta en los *Eddas* cómo al cabo de 9 días y 9 noches de ayuno recibe al pie del gran fresno el conocimiento de las runas:

Comencé así a germinar y a ser sabio, y a crecer y a sentirme bien; una palabra dio otra, la palabra me llevaba, un acto dio otro, el acto me llevaba. Runas descubrirás e interpretarás los signos...



El bosque se ha refugiado en los terrenos inhóspitos. Los Conventos, Adamuz, Córdoba.

Como un reflejo del paisaje exterior, los mitos recrean un mundo no menos frondoso que se transmite y renueva en torno a hogueras que el fresno alimenta. Y ambos mundos se alientan recíprocamente.

Pero si cabe, hay aún un árbol que ha tenido mayor importancia en la cultura europea. Casi podríamos hablar en lo que se refiere al tejo y a los cultos y rituales que se han inspirado a su alrededor de una verdadera religión del tejo, enormemente extendida, cuyos rasgos fundamentales exponemos de forma somera.

Podemos entender los santuarios formados por tejos centenarios junto a las iglesias, igual que los olmos de las plazas castellanas, los robles juraderos y otros árboles centrales, como verdaderos centros neurálgicos del paisaje y la tribu o comunidad humana que lo gestiona y habita. Aunque, como veremos, el tejo tuvo otras connotaciones añadidas.

Si tenemos en cuenta que tan sólo en Asturias hay más de 200 de estos santuarios con sus tejos seculares aún vivos, y en las regiones vecinas la tradición sigue viva también, al igual que en todas las regiones europeas del Arco Atlántico (hasta Alemania, con Irlanda y Gran Bretaña incluidas). Si pensamos, además, que alrededor de este árbol se celebraron las fiestas y los juicios, asambleas de vecinos y todos aquellos ritos y acontecimientos fundamentales para la comunidad, entenderemos realmente esta idea de centro neurálgico. Si entendemos también este patrimonio como el conjunto de creencias, leyendas y tradiciones referentes a estos árboles, comenzaremos a comprender el significado profundo de esta tradición o legado que aquí esbozaremos con ejemplos concretos y que, pese a su enorme importancia, está en franca decadencia y olvido.

Quizá sean los tejos normandos los más elocuentes, de un lado por sus dimensiones colosales, y de otro debido a la veneración que continúan suscitando. En el cementerio de la Haye de Routot, dos enormes y viejísimos tejos se miran desde hace siglos. Sus perímetros, de 14 y 15 metros, han servido para acoger en el interior hueco sendas capillas, una dedicada a Sainte Anne des Ifs, Santa Ana de los Tejos, el otro a la Virgen de Lourdes. Como iremos viendo, no nos parece casual que precisamente en las afueras de este pueblo se encuentre uno de los más impresionantes bosques de Normandía, el de Brotonne.

El tejo de Estry es, sin embargo, uno de los más impresionantes por su historia y significados. En este lugar hemos podido aún palpar un respeto hacia el árbol que raya en veneración. Junto al árbol enorme, dos vecinos nos contaron

que antiguamente el cura enseñaba catecismo a los niños del pueblo en el interior del tejo y que los Consejos Municipales tenían lugar también alrededor del árbol. Nos contaron que el rayo lo había alcanzado muchas veces y que durante la Segunda Guerra Mundial se peleó encarnizadamente en el mismo cementerio, alrededor del árbol. La iglesia fue derruida, tal y como pudimos ver en fotografías, y la propia paisana que nos informaba presencié cruentas escenas de lucha en el cementerio. Soldados canadienses y americanos muertos sobre las tumbas... Es muy posible que el árbol resultara dañado, dada su proximidad a la iglesia.

Pero al lado de estas macabras historias de humanos, el tejo fue testigo de eventos mucho más felices y pacíficos, pues la comunidad de Estry se ha reunido a su alrededor durante siglos. Antiguamente se llegó a instalar una capilla y fuentes bautismales en su interior hueco: ¡la celebración del nacimiento en las entrañas del árbol de la muerte a cuyo alrededor, a cuyos pies, irían a parar los propios niños al cabo de sus vidas!

«Se le atribuyen —dice J. Brosse—, quizá exageradamente, unos 1.700 años.»

Tenemos una maravillosa descripción del árbol de Estry y sus funciones, que traducimos del texto de *Duvillers-Chasseloup*, publicado en 1842 en los *Annales de la Société Royale d'Agriculture*:

Nos acercamos, pues, a las 8 de la mañana, uno de esos días consagrados al descanso o al placer para unos y a la oración para otros. Debo confesarlo, jamás había visto un contraste tan sorprendente como el que se ofrecía a mi vista: más de 50 mujeres, con la cabeza coronada con el pintoresco sombrero normando que las eleva 60 u 80 cm, se encontraban bajo las ramas de este árbol y servían sin sospecharlo de escala de proporción. Algunos hombres situados en su interior parecían haberse refugiado para no ser achicados por las mujeres del gran gorro. Este árbol, del que he tomado las medidas y hecho un dibujo, se encuentra a 10 m del pórtico de la iglesia; tiene 12,30 m de perímetro, medido aproximadamente a 1,60 m del suelo; está vacío en su interior y tiene una abertura principal de 1,20 m que sirve de entrada para llegar al interior, donde hay un hueco de 3,10 que representa una sala circular regular que puede contener sin dificultad 10 sillas y otras tantas personas sentadas. Esta sala está iluminada por 8 ventanas diferentes en figuras y tamaños, que recuerdan el estilo gótico, lo cual hace pensar que son agujeros labrados por la mano del hombre.

La gente del país cuenta que este árbol ha salvado 20 veces a la iglesia de la centella, y que el rayo, descendiendo perpendicularmente por el tronco, habría producido el vacío interior, la puerta y los ventanucos: se dice también, con más verosimilitud, que ha servido como fuente bautismal durante muchos años; pero lo que tiene de positivo es que actualmente los Consejos se celebran allí, que se cierran los tratos, y que no siendo la iglesia suficientemente grande para contener a todos los fieles, consideran que forma parte de ella y solo se aproximan con la cabeza descubierta.

Como decíamos, no puede ser casual que los lugares que han conservado el respeto por sus árboles sagrados, intensamente vivido y transmitido desde la infancia, conserven también los árboles en los campos. Es muy ilustrativo que Estry pertenezca precisamente a la región normanda de la Bocage, donde bosques, setos, arboledas y pomaradas conviven armónicamente con cultivos, prados y campos de todo tipo. Es efectivamente esta región la que ha dado nombre a ese característico paisaje formado por redes de setos, y extraordinariamente fértil, vivo y diverso, que llamamos bocage.

El investigador francés Marc Bonfils ha relacionado el aumento de la tasa de suicidios en Normandía con el desmantelamiento de la red de setos de comarcas como Morbihan, a consecuencia de las concentraciones parcelarias. ¿De nuevo el paisaje interno humano y el externo se nutren hasta indiferenciarse?

Y si en Estry vienen a escenificarse el nacimiento y la muerte al pie del sagrado tejo, cerrando un bucle vital que resulta enormemente didáctico y ejemplarizante, es el Texu de la Collá quien nos ha mostrado en toda su magnitud el sentido de los árboles funerarios y su simbolismo crucial en ese núcleo o santuario central que constituían el árbol, la iglesia o el megalito asociado y el cementerio. Es la imagen central y esencial del paisaje humano, el elemento primordial de unión e inspiración para la tribu, parroquia o comunidad de vecinos.

El Texu de la Collá, con su espléndido porte y presencia, está situado en una aldea asturiana, entre la iglesia y el cementerio. El antiguo templo (prerrománico), que fue parroquial, está hoy semiderruido, pero hay en su interior un detalle que pasa fácilmente desapercibido y es, sin embargo, tremendamente expresivo.

Hacia la mitad del pavimento, una raíz, inequívocamente de tejo, de unos cuatro centímetros de grueso, asoma serpenteando en dirección al altar mayor.

La distancia, medida en línea recta, desde este afloramiento hasta el pie del tejo, es de 16 m. Esta raíz señala la antigua costumbre de realizar los enterramientos alrededor de la iglesia, en su entorno inmediato o incluso en el interior, especialmente en las cercanías del altar cuando se trataba de un personaje relevante. Más tarde, por razones de salubridad, en muchos lugares los cementerios se construyeron un tanto alejados. Pero hasta entonces, el viejo árbol absorbía y contenía todos los cuerpos de los vecinos, que eran enterrados a sus pies al fin de sus días. En la tradición de la Bretaña francesa sólo debía plantarse un tejo en cada cementerio pues, se decía, este árbol planta una raíz en la boca de cada cadáver. Y como una continuación de esta creencia, en Gran Bretaña la tradición aseguraba que los tejos de los cementerios susurran y revelan al viento los secretos no dichos en vida por todos aquellos que reposan a sus pies.

Es fácil comprender la importancia de un árbol que en un pueblo determinado ha reunido en sí a todos los parientes, vecinos y ancestros durante generaciones. Para resumirlos en un solo ser perenne y lleno de savia y vida. Casi perpetuo a los ojos de los hombres.

De ahí la veneración y los tabúes que en ocasiones prohibían, bajo severas penas o maldiciones implícitas, arrancar siquiera una ramita del árbol sagrado. Se entiende también que se buscara su sombra e inspiración y se establecieran verdaderas dinastías de árboles «regentes», a cuyos pies se decidían y organizaban la vida y los paisajes.

Así, las asambleas de vecinos adoptaban en este núcleo sagrado, verdadero cerebro de la comarca circundante, todas las decisiones concernientes al uso de los pastos, la limpieza de los caminos y los montes y la plantación de los bosques, que se regulaba mediante leyes y ordenanzas aprobadas al pie de los mismos árboles.

Y las ordenanzas obligaban a acudir en días determinados con 3, 6, 12 plantones de árboles para repoblar los montes. Esta obligación atañía a todos los vecinos: «inclusos los señores curas», rezan textualmente algunas de estas viejas ordenanzas.

Porque se entendía que la creación de los bosques es responsabilidad de todos. No insistiremos mucho más, pese a su importancia, sobre estos santuarios del árbol. Tan sólo añadiremos que esta cultura fue tan importante y estuvo tan extendida hasta hace unos pocos años, que resulta asombroso comprobar la ignorancia y el olvido en el que han caído hoy estos centros y sus funciones.

Pero si cabe, hay aún otro espacio esencial en el paisaje tradicional, mucho más humilde y discreto, y que por ello pasa más desapercibido. Se trata del huertuco que, generalmente a cargo de la abuela, tenía mil funciones y formas de influencia sobre el paisaje.

Las rosas y los alhelíes desbordaban los muros de piedra e invadían la atmósfera de todo el pueblo y sus alrededores; había en un rincón, al pie del mismo murete, un pequeño surco de menta, caléndula, melisas, romero y sanalotodo, celigüña y otras hierbas medicinales que constituían una verdadera botica de



Pino silvestre. Sierra de Baza, Granada.

la abuela. Había, ¡cómo no!, verduras y frutas de antiguas variedades propagadas y seleccionadas a lo largo de generaciones en la familia. Y había, en fin, un lugar para el vivero, diminuto reino que pertenecía más bien al abuelo y en el que se hacían siembras, esquejes e injertos que terminarían poblando los setos, pomaradas y bosques del entorno. La influencia de este diminuto espacio se haría notar especialmente en los terrenos del común, en los que los vecinos podían plantar sus árboles: cerezos, castaños y nogales generalmente, y aprovechar madera y fruto, mantenerlos en propiedad e incluso transmitirlos en herencia mientras el árbol vivía. El terreno pertenecía siempre al común de los vecinos, pero el árbol era, hasta su muerte, propiedad de quien lo había plantado.

Estas costumbres, contempladas en el derecho consuetudinario, nunca han prescrito realmente, aunque fueran cayendo en desuso. Jurídicamente siguen vigentes y cabría recuperarlas para hacer repoblaciones a cargo de individuos, asociaciones, colegios e instituciones... El paisaje tradicional, el común, que representaba normalmente los terrenos marginales y de montaña, garantizaba la supervivencia de los menos pudientes, familias numerosas o con poca tierra en propiedad. En nuestros días sería interesante debatir el futuro de estos pastos, helechales y arboledas en franco abandono, que ocupan grandes extensiones de nuestros territorios, sobre los cuales los vecinos siguen manteniendo sus derechos, al margen de la potestad de los ayuntamientos.

Y si hasta aquí hemos hablado tan sólo del núcleo central de los paisajes humanizados, que corresponde al poblado, sería interminable describir las distintas zonas que conforman cada uno de estos paisajes en cada una de nuestras regiones. Hay unos rasgos comunes que básicamente sitúan los cultivos en la periferia más cercana al poblado, los pastos inmediatamente después y, al fin, los bosques más o menos silvestres o plantados, en las zonas más lejanas e inaccesibles o menos favorables para otros usos.

Los árboles, sin embargo, han llegado a plantarse en el mismo pueblo cuando se trata de proteger la casa de los vientos, la lluvia, etc., e incluso de obtener una protección mágica (caso del laurel, el tejo...) y también cuando se trata de frutales, comprendiendo en este término también a los castaños y nogales que aún pueden verse entre las casas en muchos lugares de nuestra geografía.

Algunas otras justificaciones para mantener árboles en el pueblo han sido razones prácticas, como los usos medicinales (saúco, tilo...) o para la producción de varas en los huertos (fresno u otros árboles desmochados). Y por supuesto, para adorno de los pequeños o grandes jardines de casas y palacios.

En la periferia del poblado, el seto ha formado bandas arboladas de enorme interés en los campos y prados, hasta que la concentración parcelaria, diseñada en función de maquinarias de tamaño siempre creciente, ha acabado por eliminar árboles y arbustos que antaño ocupaban la periferia e, incluso, el interior de las parcelas.

La importancia del seto ha sido enorme en sustitución de algunas de las funciones del bosque y como etapa intermedia entre las zonas de cultivo y las forestales. Los árboles campestres, muchas veces de especies diferentes a las de los bosques silvestres o cultivados, añadían diversidad al paisaje.

Los buenos setos, aquellos que guardan una correcta proporción entre su altura y anchura y el tamaño de las parcelas, compiten mínimamente con los cultivos que protegen y, a cambio, proporcionan una gran cantidad de ventajas: productos secundarios como forrajes, leña, varas y madera, flores melíferas, frutos, medicinales..., y una serie de efectos benéficos bien conocidos sobre el paisaje circundante: frenan el viento, crean un microclima saludable regulando la humedad y la temperatura, evitan la erosión, etc. Todo ello redundará claramente en la salud del paisaje y de sus moradores (pensemos, por ejemplo, en el ganado pastando en buenas condiciones con sombras y abrigos frente al viento) y en una mayor y mejor producción agrícola y ganadera.

Los estudios al respecto son muy numerosos y demostrativos de esta multiplicidad de funciones del seto. La rentabilidad del establecimiento de estas redes arboladas es muy notable, así como sus benéficos efectos ecológicos. Algunos de estos, sin embargo, son poco conocidos:

Las grandes extensiones sin árboles son, al parecer, idóneas para la propagación de plagas y enfermedades de los cultivos, que no encuentran barreras o filtros que las detengan. Los setos y zonas arboladas actúan, por el contrario, deteniendo esporas, semillas, ácaros, insectos... El propio seto tiene con frecuencia la capacidad de neutralizar estas plagas mediante distintos mecanismos. Pensemos, por ejemplo, en una plaga de insectos y la gran cantidad de pájaros, arañas con sus telas tejidas a la espera y otros insectos depredadores que alberga el seto. Como consecuencia, se produce un equilibrio que nos permite ahorrar tiempo y dinero y evitar actuaciones dudosas con productos nocivos para nuestra salud y la del entorno.

Por otra parte, los setos retienen el CO<sub>2</sub>, que actúa sobre las plantas como eficaz «fertilizante atmosférico» y en las comarcas desarboladas se dispersa. La red de setos permite un desarrollo más rápido de los cultivos por la eficaz

asimilación de este gas que generan los animales en grandes cantidades como resultado del proceso de respiración. Las cuatro toneladas de lombrices que se calculan viven en una hectárea de terreno fértil, producen por sí solas una gran cantidad de CO<sub>2</sub>.

En cuanto a la gestión de los bosques, que merecería capítulo aparte, tan solo insistiremos en que perduraron generalmente en los terrenos más pobres e inaccesibles. En el área de influencia humana, cada parte del bosque era perfectamente conocida y utilizada. Había zonas acotadas para evitar aludes, de uso regulado para la venta de madera o la utilización por parte de los vecinos de árboles destinados a la construcción, leña... Había, por supuesto, pequeñas o grandes industrias de taninos, corcho, resinas...

Había bosques para la armada y bosques adhesados. En fin, el conocimiento del medio era de una tremenda exactitud y profundidad. El paisano conocía sus tierras surco a surco labrado durante generaciones. Sabía la profundidad de la tierra y su composición en cada punto. Sobre las cualidades de la piedra en cada zona y cantera. Sobre la idoneidad de los árboles para un uso determinado, no sólo en lo que se refiere a las especies, sino a un pie determinado en razón de su exposición, altura, lugar de crecimiento...

Es por ello que junto al conocimiento académico más o menos ortodoxo que podemos obtener a través de instituciones, libros, profesores..., existe otro paralelo y no siempre coincidente que deberíamos recoger con minuciosidad cada vez que intentamos actuar sobre un paisaje. Es la voz de la cultura popular que aún continúa viva en algunos lugares y tiene milenios de experiencia, pero cuya continuidad no está en modo alguno asegurada.

Hasta aquí una visión del árbol y el paisaje tremendamente simple y parcial pero, sobre todo, antropocéntrica. Es esencial, sin embargo, que de cuando en cuando tomemos conciencia de cómo son y se desarrollan los paisajes y ecosistemas que sobreviven y evolucionan más o menos al margen de nuestra influencia. Cuestión ésta siempre discutible y difícil de constatar, ya que el efecto de lo humano llega de un modo u otro a los rincones más apartados del planeta y a las zonas más remotas de nuestros paisajes y comarcas.

Un ejemplo claro del desconocimiento de los bosques silvestres y nuestra propia influencia en el entorno es la creencia casi generalizada, incluso entre especialistas, de que los tejos no forman bosques. La imagen básica entre los botánicos de este árbol es la del ermitaño, «taciturno y solitario», habitante de escarpadas breñas. La realidad es muy distinta. La existencia de tejedas apenas

puede comprobarse hoy en unos pocos lugares apartados. Estos reductos se han conservado milagrosamente por la abrupta orografía que ha impedido el aprovechamiento maderero de esta especie.

La práctica extinción de los tejos en comarcas enteras estuvo en primer lugar motivada por las cualidades inmejorables de esta madera para la fabricación de arcos y cureñas de cañón y para la carpintería de armar y de taller, ya que se trata de un material precioso, muy apropiado para muebles y diversos objetos. Al mismo tiempo, la toxicidad del tejo determinó una verdadera persecución de este árbol por parte de pastores que habían sufrido envenenamientos entre sus reses. Hemos visto, además, en Aralar (Navarra), los restos de una tejeda que en su día debió ser importante, talada en su totalidad hace unas décadas (a juzgar por el estado de los tocones) con el único fin, creemos, de facilitar el crecimiento del hayedo.

De estos ecosistemas en franca regresión —o mejor dicho, casi extinguidos— deberíamos obtener una infinidad de datos preciosos sobre dinámica e historia de los bosques y, sin embargo, apenas conocemos su existencia. La arqueología y la historia aportan multitud de datos sobre los millares de arcos de tejo que se encargaban y transportaban cada vez que se avecinaba una guerra. El tejo constituyó un material estratégico, especialmente tras la batalla de Azincourt, en la que se descubrió la superioridad de unos arcos de tejo más potentes frente al resto de las armas y fuerzas militares. Ventaja que determinó la victoria de unas fuerzas inglesas muy inferiores en número, frente al ejército francés. Es así como, en ocasiones, es preciso utilizar las herramientas que nos proporcionan disciplinas tan diferentes y aparentemente alejadas de la biología, para obtener datos preciosos para conocer el mundo de los árboles, bosques, paisajes...

El ejemplo contrario podría ser el del fresno, que ocupa una gran diversidad de ecosistemas en apariencia silvestres y, en realidad, ha sido favorecido por la plantación de estos árboles en majadas y pastos de altura desde donde ha podido diseminar con gran eficacia. Pensemos que la cultura del fresno los ha colocado precisamente en los puntos más elevados de gran parte de nuestros montes y serranías, y que la semilla alada del fresno está especialmente diseñada para diseminar con fuertes ventarrones, capaces de transportarlas muy lejos.

Pero si hasta aquí hemos dedicado una mirada a las relaciones entre hombres y paisajes en el pasado, no nos ha movido la añoranza, ni la creencia peregrina de que cualquier tiempo pasado fue mejor.

Los profundos cambios en los ecosistemas locales y globales, y la necesidad creciente de actuar frente a desequilibrios de los que muchas veces somos responsables, nos obligan a entender de un modo profundo y minucioso las funciones e interrelaciones de cada especie. Para estas actuaciones creemos que es posible establecer límites menos rígidos entre los usos del bosque, y emprender la conservación y la creación de estos espacios contemplando la pluralidad de funciones que siempre tuvieron. En muchos casos, es perfectamente posible e interesante aunar la rentabilidad económica del bosque (madera y otros productos secundarios) y sus importantísimas funciones ecológicas. Apuntamos algunas de estas «otras funciones del bosque», que creemos compatibles y deberían contemplarse a la hora de planificar los territorios.

En primer lugar, es necesaria la salvaguarda de la diversidad, mediante el control de las especies invasoras, que supone un creciente problema. Las plantaciones de especies alóctonas deberían ser reguladas para que nunca ocuparan un determinado tanto por ciento del territorio y siempre dentro de una ordenación precisa.

Creemos que es esencial para la diversidad en todos los ámbitos permitir que coexistan distintos grados de madurez. En el bosque debe haber planta nueva y viejos árboles capaces de albergar todo tipo de fauna, incluso árboles caídos que completen el ciclo. Esto puede hacerse dejando algunas zonas «vírgenes» a modo de resalvo en los grandes espacios boscosos. Del mismo modo, en un jardín o un prado es interesante dejar pequeñas zonas donde las hierbas maduran, florecen y fructifican y atraen un buen número de mariposas y aves granívoras (jilgueros, verderones...), cuya presencia y canto se agradece enormemente en estos lugares.

Por otro lado, es importante también la creación y conservación de reservorios genéticos en los que se conserve la mayor diversidad posible de especies de árboles y arbustos (especialmente aquellos que han ido desapareciendo de un paisaje determinado) que puedan diseminar desde este punto y permitan al mismo tiempo la instalación de la flora y fauna asociadas. Esta idea puede perfectamente llevarse a cabo en linderos y zonas marginales sin necesidad de que ocupen demasiado espacio. Estos mismos reservorios son de gran interés para su uso con fines didácticos, de forma que sirven para estudiar y actuar de formas diversas.

Otro punto a contemplar es el diseño, la creación y conservación de zonas más o menos marginales de usos múltiples en los que se favorezca la perviven-

cia de modos de vida tradicionales de la comarca (por ejemplo, mediante el mantenimiento de mimbreras, si existe algún artesano en la región, y la ayuda a las diferentes actividades relacionadas, o la recogida de setas...) y el bosque se entienda también como lugar de paseo y disfrute.

Independientemente de la gestión y los derechos más o menos formales, entendemos que la organización del territorio ha de hacerse teniendo en cuenta las necesidades de la población y del propio entorno, la propiedad de los terrenos y los derechos y expectativas que existen sobre los mismos. La posibilidad, en fin, de que elementos e instituciones, hasta hoy ajenos, entren a formar parte de esta cultura. Especialmente los estamentos implicados en la educación.

En este sentido, parece elemental el establecimiento de vínculos de todo tipo con la población, especialmente infantil y juvenil. Consideramos que es esencial que se enseñe a los niños, a través de la escuela, familia y medios de comunicación, el significado de árboles y bosques y se consiga la identificación afectiva de las personas con los paisajes que las albergan. La repoblación de los montes, los campos y zonas urbanas debe emprenderse bajo una planificación supeditada a cada situación particular, ahondando en la comprensión de las funciones del árbol, del seto y el bosque para devolverles el protagonismo en el paisaje. La población debería participar desde los niveles más primarios de planificación y ser informada de forma continua.

Sin duda podríamos anotar muchas otras pautas más o menos importantes a la hora de relacionarnos y entender el paisaje, pero concluiremos diciendo que en el futuro habremos de emprender este acercamiento desde un punto de vista amplio que integre las disciplinas científicas pertinentes, pero también otras muchas, estrechamente relacionadas, en especial las que estudian las culturas tradicionales.

Todo ello sin ceder a la eterna tentación de sobreactuar, que es finalmente uno de los mayores escollos de toda planificación y organización del territorio, especialmente cuando hay dinero o intereses ajenos más o menos solapados. La regla de plata sería siempre: No sobreactuar jamás y hacerlo tras un detallado estudio, para no crear nuevos problemas (esta idea tan básica, insistimos, se olvida demasiadas veces).

Si, como hemos visto, antaño existieron fórmulas de transmisión eficaces de la cultura del bosque, hoy es importante que las retomemos y (o) hagamos otras nuevas. Quizá sea el momento de que los profesionales de la cultura, la

educación, la biología, etc., se sienten a hablar para comenzar a resolver desde la base problemas que nos atañen a todos. El futuro pasa porque encontremos nuestro lugar en el paisaje y lo hagamos de un modo que nos permita convivir con el resto de un modo armónico. Quizá nos falta ahondar en la formación artística y humanística como un complemento esencial para cultivar otras sensibilidades que el científico debe poseer a la hora de evaluar, investigar y, sobre todo, actuar en un paisaje determinado.

Es curioso que precisamente en el momento en que mejor conocemos el bosque y sus habitantes, nos encontremos con el mayor declive de todos los ecosistemas naturales, incluidos los boscosos (especialmente los boscosos, cabría decir). Quizá la razón se encuentre en que para conocer nos hemos dedicado a despiezar, analizar y distinguir géneros, especies, variedades... Es posible que lo que nos quede sea volver a juntar las piezas de este puzzle y entender el significado que tiene el todo, con el valor añadido que alcanza siempre un organismo formado por distintas partes. Si no nos sirve para conservar, y si no sabemos transmitirlo, el conocimiento será un conjunto de saberes sin sentido que ni siquiera nos ayudará al próximo y más inmediato reto, el de la supervivencia.



A veces (pocas veces), los árboles se sobreponen a los hombres.